

El pasillo desierto me devuelve los ecos de mis pasos que resuenan como un lamento fantasmal perdido en la penumbra. La distancia hasta la máquina de café se antoja eterna. Me arrastro lentamente, movido por inercia por el peso de las horas de guardia, tratando de alcanzar una inyección de energía que me permita llegar al amanecer con algo de dignidad. Coloco la tarjeta identificativa y observo la fotografía borrosa, erosionada y deteriorada por el paso del tiempo que impide que me reconozca en ella. Con el café en mi mano, removiendo lentamente la espuma que lo corona, escucho el silencio, en otro tiempo sepulcral y atroz, ahora placentero. Han pasado cinco años, pero irónicamente los recuerdos de la guerra se muestran deslustrados.

Vietnam, salvo que en lugar de árboles la jungla era de pladur y el enemigo asediaba sin napalm ni gas mostaza. Llegó en tromba, sin tiempo para prepararnos, dejando cicatrices invisibles. Silencioso e implacable, nos acorraló en trincheras de plástico y nos hizo caminar por senderos laberínticos en los que los conceptos “limpio” y “sucio” cambiaron su significado para siempre.

Inmerso en mis recuerdos, el sonido del busca me devuelve por un segundo al presente, al sabor de la desmotivación y el cansancio cocinado a fuego lento por un sistema que, lejos de incentivar, castiga con su indiferencia a los que en su día dimos todo a cambio de nada. La voz al otro lado del teléfono refleja los mismos sentimientos, pero, lejos de empatizar con un igual, las discrepancias llevan a una discusión absurda en la que ni mi interlocutora ni yo daremos nuestro brazo a torcer, pues ya está luxado de tanto tira y afloja. La llamada finaliza con un “buenas noches” en voz alta y un impropio silencio que se pierde en el vacío de mi mente para ser rápidamente olvidado por efecto del aroma a café que aún emana. Y así, observando el cartón del vaso, mis pensamientos se suben al DeLorean y regresan a los laberintos de plástico que conformaron en su día nuestro campo de batalla.

Recuerdo la primera vez que entré al servicio y los vi, emulando el túnel a través del cual E.T., con su corazón palideciendo al tiempo que las flores se

marchitaban en casa de Elliot, era transportado en un sarcófago de acero para ser analizado por ser diferente. Los pasillos del hospital habían sido segmentados y separados por grandes lonas de plástico que diferenciaban las zonas “seguras” de aquellas en las que el virus campaba a sus anchas. Una barrera de apenas unos milímetros de espesor compuesta por la agrupación de miles de moléculas unidas entre sí para formar polímeros que nos separaban a los unos de los otros, protegiendo las salas de control de las áreas de combate donde, enfundados en camuflaje transparente, hacíamos frente a la amenaza.

Aquí, en el oscuro pasillo en el que disfruto del café de medianoche, sin más compañía que el silencio, recuerdo la sensación de soledad tras la mascarilla y el EPI; a pesar del bullicio y el caos que nos rodeaban, esa delgada barrera de monómeros adheridos nos separaba del mundo y sus abrazos, entonces prohibidos. Sin embargo, tras mirar con la distancia que nos otorga el paso del tiempo, los puntos solitarios convergen y el *Clima gris* se torna en arte, ofreciendo una nueva perspectiva, pues fue la unión de los cientos de soldados solitarios la que mantuvo la esperanza a flote. Fue la sensación de grupo la que inyectaba dosis de energía a cada paso, con cada pérdida, con cada lágrima, con cada aplauso. Fue la unión la que, lejos de hacer la fuerza (pues de fuerza andábamos escasos), nos dio el sostén para continuar, para seguir luchando. Y así, los polímeros que nos separaban se sumaban al polímero humano que conformaron los trabajadores de los hospitales y que acabaron, exhaustos pero unidos, con la pandemia. No se si fuimos héroes y heroínas, pero fuimos legión.

Resulta curioso, a la par que ciertamente espeluznante, cómo la tragedia puede generar una suerte de vergonzosa nostalgia. Es ese halo el que tiñe mis pensamientos, con los posos de café ya asomando entre la neblina de la espuma y el recuerdo, el de la añoranza de una guerra común ahora que el individualismo vuelve a plantar batalla. ¿Saldremos mejores?

Con los ojos en vidrio deslustrado, como un cáncer que crece lentamente, vuelvo a mi despacho a realizar el que con suerte será el último informe de esta guardia. Me siento en la silla y dejo escapar un suspiro de vergonzosa nostalgia: ¡HUF!